



México Interdisciplinario / Interdisciplinary Mexico

ISSN 2193-9756



## Ámbito cultural

31.01.2020 | iMex Revista

---

### Mole para ratas

(pp. 1-3)

**Oswaldo Estrada**

En: Oswaldo Estrada: *Luces de emergencia*. Granada: Valparaíso Ediciones, 90 páginas.

Publicado con permiso de la editorial.



Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0)

Website:

[www.imex-revista.com](http://www.imex-revista.com)

Editores iMex:

Vittoria Borsò, Frank Leinen, Guido Rings, Yasmin Temelli

Redacción iMex:

Hans Bouchard, Bianca Morales García, Ana Cecilia Santos, Stephen Trinder

## **Mole para ratas**

**Oswaldo Estrada**

Le había aguantado de todo. Los golpes, las patadas. Que la llamara negra cambuja. India igualada. En la casa. Delante de la gente. Cuando se la encontraba en la calle vendiendo sus fritangas. Pero esto era el colmo. Mira que llegar con su amante y sentarla al lado de sus hijos. En la sala. ¿Quién se creía el muy jijo sólo por su bonita cara?

–A mí me respetas –le dijo armada de valor. Con el pelo recogido en un moño y la cara lavada–. Si no lo haces por mí, hazlo por tus hijos, maldito.

Temía que le pegara otra vez, pero estaba decidida. Eran muchos años de aguantarlo. De aceptar que el señorito y su familia la trataran como chancla porque ella era una pobre muerta de hambre. Una india ladina, como la llamaba su suegra, por meterse con su hijo cuando era su empleada.

–Lárgate con tu querida a otra parte, sinvergüenza. O no respondo.

Él se la quedó viendo como si estuviera loca, calculando tal vez el ángulo perfecto para darle en la madre y callarla para siempre. Pero estaba borracho y no se le ocurrió nada mejor que reírse en su cara.

–Mejor vámonos a otra parte –le insistía la muchachita que había llegado con él. Un renacuajo de escasos dieciséis años. La hija de la frutera.

–Espérate primero que nos haga de comer esta cucaracha. Ándale, no te hagas mensa. Cuanto más rápido me sirvas, más rápido me largo. Tan siquiera unas enfrijoladas. O unas gordas. ¿Para qué te mantengo, hija de la tiznada?

Le había hecho cinco hijos. La mayor vivía con la abuela en la ciudad. La querían las tías porque había salido güerita como el hermano menor. Porque en nada se parecía a la india de su mamá. Ni en el modo ni en la cara. Esta niña sí es mi nieta, sentenciaba doña Perla, cada vez que su hijo se la llevaba de visita. Hasta que un día se la quedó. El segundo trabajaba de mecánico en el pueblo. A golpes terminó la primaria, pero en cuanto pudo se fue a trabajar al taller de Don Sebito, un gordo risueño que andaba descamisado por las calles del pueblo, orgulloso de sus tetillas lechosas y su panza descomunal.

La miseria que Sergio ganaba arreglando coches iba íntegra para su mamá, pero no era suficiente. Soledad todavía tenía a los tres chamacos. De once, nueve y seis años. Y requerían uniformes, útiles escolares, desayunos, lonches. Con la comida que ella vendía en la calle cubría

el gasto de la semana. Pero con los pesos del marido pagaban el alquiler, la luz, el agua, los gastos del edificio.

–Lárgate, por el amor de Dios. O llamo al Señor Cura para que venga a ver el espectáculo que estás dando frente a tus hijos.

–Ese cura marica me la pela. Llámalo si quieres, pero primero me alimentas.

Estaba acostumbrada a sus maltratos. A lavarle las camisas manchadas con el labial de alguna piruja. A que desapareciera una semana o quince días y volviera exigiendo sus derechos, a golpearla como piñata. Seguro andas con otro, desgraciada. Por eso te me alebrestas, ingrata.

Así la tenía impuesta. Pero esta vez se había pasado de la raya.

–Está bien –respondió resignada–. Déjame que caliente el mole. Y te me largas. Ahorita llega Sergio y no quiero que ocurra una desgracia.

–Ya cállate, insolente. –La miraba con desprecio. Con ganas de madreársela. La culpa era suya por haberle hecho el favor cuando la encontró limpiando una recámara. Jovencita. Jugosa. Con la carne maciza. Los pezones retintos y el sexo lampiño, como él la imaginaba.

La muchacha no dejaba de comerse las uñas y de vez en cuando echaba una mirada voraz a la cocina, deseando calmar el hambre de sus tripas. La frutera la había echado del cuarto y del negocio desde que supo que andaba con el Barbas. Y ella lo seguía como perro fiel a donde él la llevara. A casa de su madre, con algún compadre, al galerón que le prestaba un primo para que se revolcaran.

Supo que estaba llorando al ver sus lágrimas en la olla de barro, pero siguió revolviendo el mole hasta que quedó cremoso, como al Barbas le gustaba.

–Apúrate, vieja del demonio –gritaba desde la pieza contigua. Envalentonado.

Ella siguió en lo suyo, con calma. Hasta que puso la mesa. Su único mantel bordado. Sus servilletas de papel. Un plato para el Barbas y otro para su fulana.

Comieron a gusto. Sopeando el mole con sus tortillas enrolladas, pescando de vez en cuando el pollo y los pellejos que Soledad les había agenciado con rabia.

Ella los miraba desde el umbral. Chupándose los dedos como se habrían de chupar ellos. Y se puso a chillar otra vez. Por verse vieja y embarnecida frente a esa chamaquita. Y por sus niños con los ojos fijos en la tele, distantes del drama familiar.

Repitieron dos veces y dos veces calentó de nuevo el comal. Porque al Barbas le gustaban sus tortillas calientitas. Y no lo quería encorajinar.

–Ya no llore, mamá. Ya se fue ese desgraciado y seguro no va a regresar –trataba de consolarla el mayor de los tres–. Tómese un té de tila. Váyase a descansar.

Pero ella siguió llorando, haciendo el recuento de sus días. Culpándose por haberlo querido. Tan blanquito. Tan galán. Por haberse llenado de hijos. Por dejarse estropear.

Le pidió a Toño que se llevara la basura bien lejos, al lado de la acequia donde están los perros. Y se sentó a esperar.

Cuando la llevaron detenida al día siguiente, alegó que había sido en defensa propia. Por ella y por sus hijos. Por dignidad.

–Eso se merecía el Barbas –lloraba esposada–. Tragarse su mole con veneno para ratas.